

January 2012

La Universidad de La Salle: promotora de la utopía, la solidaridad y la esperanza

Hermano Fabio Humberto Coronado Padilla, Fsc.
Universidad de La Salle, Bogotá, vacademi@lasalle.edu.co

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ruls>

Citación recomendada

Coronado Padilla, Fsc., H. (2012). La Universidad de La Salle: promotora de la utopía, la solidaridad y la esperanza. *Revista de la Universidad de La Salle*, (57), 275-297.

This Artículo de Revista is brought to you for free and open access by the Revistas de divulgación at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in *Revista de la Universidad de La Salle* by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

La Universidad de La Salle: promotora de la utopía, la solidaridad y la esperanza*

Hermano Fabio Humberto Coronado Padilla, Fsc.**

■ Resumen

Octavo tema de la serie “Apuntes de conferencias”. En esta ocasión se presenta la segunda parte de la reflexión en torno a la octava característica del desarrollo humano integral y sustentable (DHIS), la de ser espiritualmente significativo. Después de discurrir el autor, a manera de introducción, sobre la relación armónica que hay entre vida intelectual y vida espiritual, sus disquisiciones se enrumban hacia la importancia de recuperar la conciencia utópica y la urgencia de pasar de un talante solitario a uno solidario, mediados ambos por una actitud vital de esperanza creadora, proactiva y con visión de futuro. Como marco de referencia implícito siempre está la Universidad y sus integrantes, en tanto protagonistas de dichos idearios, y en tanto garantes de la construcción de un mundo nuevo y distinto.

Palabras clave: espiritualidad del trabajo, utopía, solidaridad, esperanza.

* Apuntes de las conferencias pronunciadas durante las Jornadas de Inducción de Profesores Nuevos de Planta y Administrativos Académicos de la Universidad de La Salle, Bogotá, julio de 2011 y enero de 2012, Auditorio Bicentenario II, sede de Chapinero, y en la sesión presencial del Diplomado en Pedagogía y Didáctica desde una Perspectiva Universitaria y Lasallista, con el grupo de profesores del Campus Utopía en Yopal (Casanare), 25 de agosto de 2011.

** Vicerrector académico de la Universidad de La Salle. Correo electrónico: vacademi@lasalle.edu.co.

*De las espadas forjarán arados;
de las lanzas podaderas.
No alzaré la espada pueblo contra pueblo,
ya no se adiestrarán para la guerra.
Casa de Jacob, venid,
caminemos a la luz del Señor.
Isaías 2, 4-5*

No es habitual comenzar el desarrollo de un tema por la reflexión sobre el arte de escribir, así han iniciado siempre los “Apuntes de conferencias”; esta entrega, octava de la serie, no puede ser la excepción. Matthieu Galey, periodista de la revista francesa *L'Express*, le pregunta a Marguerite Yourcenar (1903-1987): “¿Escribir es un esfuerzo, un sufrimiento?”, ella responde: “No, es un trabajo, pero es casi un juego también, y una alegría, porque lo esencial no es la escritura, es la visión. Siempre escribí mis libros con el pensamiento antes de transcribirlos al papel, y a veces los olvidé inclusive durante diez años antes de darles una forma escrita” (2008, p. 254).¹ Desde mi experiencia personal, en todo escrito, sea corto o largo, se conjugan al mismo tiempo esfuerzo, sufrimiento, trabajo, juego y alegría. ¡Cuánto esfuerzo para comenzar! ¡Cuánto sufrimiento para permanecer sentado escribiendo! ¡Cuánto trabajo en la escritura, corrección y pulimento! ¡Cuánto juego de palabras e ideas! ¡Cuánta alegría en el punto final, en el “está hecho” y en verlo publicado!

García Márquez es más gráfico, sostiene que los escritores principiantes se pasan la mayor parte del tiempo pensando en la fama, en la conquista del mundo con sus escritos, en los lujos que podrán disfrutar gracias a las regalías por derechos de autor que se desprenderán de los millones de personas que los leerán, pero por andar en estos sueños de lechera, se les olvida que hay que encerrarse a trabajar con disciplina espartana: “Escribo todos los días, inclusive los domingos, de nueve de la mañana a tres de la tarde, en un cuarto sin ruidos y con buena calefacción, porque lo único que me perturba son las voces y el frío” (citado en Artunduaga, 1986, p. 136), en resumidas cuentas, la bicoca de 6 horas diarias, los 365 días del año.

¹ Marguerite Yourcenar: novelista, poetisa, dramaturga, traductora en lengua francesa y primera mujer que ingresó, en su historia multiseular, a la Academia Francesa en enero de 1981; es conocida en nuestro medio por su libro *Memorias de Adriano*; aquí la cita está tomada de *Con los ojos abiertos. Marguerite Yourcenar conversaciones con Matthieu Galey* (2008), una serie de entrevistas que Marguerite Yourcenar revisó cuidadosamente y firmó con su nombre.

Esta lección la aprendió muy bien la autora de *Estaba la pájara pinta sentada en el verde limón* (premio vivencias, 1975), Albalucía Ángel. Así lo narra su entrevistadora Gilma Jiménez:

Hace nueve años ella era nada más que “Albalú”, la cantante colombiana en Barcelona; la loca que iba con una guitarra bajo el brazo, la misma que se toparon los García Márquez en el 67 cuando recién desembarcaron en Europa. Entonces solo era una cenicienta con demasiados bríos que encontró en García Márquez y su mujer su nueva familia, así que entraba por la casa de ellos, buscando rincones donde, acurrucada hasta las cinco de la mañana, presenciaba las discusiones de “Gabo” con Mario Vargas Llosa, Cortázar, “Pepe” Donoso... en fin... Se le ponían los ojos cuadrados de las cosas que oía y así aprendió disciplina, aprendió lo que era escribir y “¡escriba, carajo!”, le gritaban ellos (2007, p. 343).

Para animar a más de un joven y talentoso docente-investigador de nuestra Universidad, habría que gritarle como a Albalú: “¡Escriba, carajo!”. Expresión coloquial y por demás muy colombiana, que nos recuerda que una vez obtenido el título de magíster o de doctor, ambos entendidos como proyectos intelectuales, comienza la lucha para no jubilarse por anticipado. Una vez alcanzadas tales distinciones, fácil es entrar en un estado de catalepsia creativa, de parálisis escritural o de aridez productiva. El único antídoto conocido hasta la fecha es el: “¡Escriba, carajo!”.

Hasta aquí estos renglones a manera de metacognición sobre el oficio de escritor. Entonces, manos a la obra. Hay que terminar la tarea que quedó pendiente en “Apuntes de conferencias” número siete. En aquel texto, al comienzo, se describía en un apretado párrafo la octava característica del desarrollo humano integral y sustentable (DHIS), ser *espiritualmente significativo*. Recordemos tal síntesis:

[Espiritualmente significativo] Quiere decir que reconoce y promueve la dimensión espiritual de la vida de las personas, grupos e instituciones. Apropia la espiritualidad en sus múltiples perspectivas (como búsqueda espiritual, vida espiritual e inmersión en el mundo), mediada por la *intelligentsia* y la cultura del país. Se constituye en el motivador y dinamizador místico del trabajo de las personas de buena voluntad

quienes hacen suya la consigna de que un mundo nuevo y distinto es posible, promoviendo la solidaridad y la esperanza (Coronado, 2011, p. 243).

El cuerpo del escrito intentaba explicitar todo el contenido de dicho resumen. Mas resultó tan amplio, que fue necesaria otra conferencia para poderlo desarrollar en su totalidad.

En concreto, el presente texto da cuenta de esa otra conferencia, es decir, de la segunda parte del párrafo en mención, a saber: "Se constituye en el motivador y dinamizador místico del trabajo de las personas de buena voluntad quienes hacen suya la consigna de que un mundo nuevo y distinto es posible, promoviendo la solidaridad y la esperanza". Como es costumbre, haré de caja de resonancia, seré eco de los pensamientos de quienes han trabajado ya estos temas. Les haré hablar, les prestaré mi voz y escritura. Sin embargo, acotemos, ayudados nuevamente de Marguerite Yourcenar: "Pensemos en Sócrates, cuya leyenda nos dice que al leer los primeros escritos de Platón murmuraba: '¡Cuántas cosas me hace decir ese joven...!'" (2008, p. 283). Dejemos a un lado lo de "joven", pues ya no lo somos. Quedémonos simplemente con el adulto que se esfuerza como trabajador de la mente por ser creador, capaz de encontrar nuevas yuxtaposiciones en las ideas, de poner un nuevo toque en un viejo pensamiento, o de revisar las ideas actuales y compararlas con las existentes para iluminar la acción universitaria. Si algún curioso lector desea ver qué tanto hay de lo uno o de lo otro, le recomiendo confrontar lo escrito a continuación con los autores reseñados en la bibliografía.

Entronque con la conferencia anterior

Podríamos resumir la conferencia precedente en una sola idea-fuerza, la de una propuesta de espiritualidad del trabajo dirigida a profesores universitarios y académicos cuya misión fundamental es el trabajo intelectual. Con algunas ideas-clave más sobre lo que entendemos por *espiritualidad del trabajo*,² completaremos lo expuesto en dicha conferencia, dando por concluida la reflexión en su primera parte, para así dar paso a la segunda, veamos.

² Todas las ideas son síntesis del libro de Gregory Pierce, *Espiritualidad del trabajo* (2006).

Parece que “espiritualidad del trabajo” es un oxímoron: dos ideas que a primera vista no encajan, algo contradictorio como decir “silencio atronador”. ¿Qué ocurriría si la espiritualidad del trabajo no existiera (o por lo menos no se la descubriera) en el barullo de la vida cotidiana, especialmente en el puesto de trabajo? Para los cristianos se trataría de una especie de herejía ¿No está Dios en todas partes?

¿Por qué la tradición cristiana ha producido tan poco material sobre la espiritualidad del trabajo? Una sencilla razón es que los practicantes de la tradición contemplativa nos han convencido a casi todos de que si queremos acercarnos nosotros mismos y nuestro entorno a Dios, hemos de alejarnos del mundo, al menos durante algún tiempo. “Silencio, soledad y simplicidad” es el lema de la espiritualidad contemplativa tradicional, mientras que “ruidos, muchedumbre y complejidad” describiría el punto de vista “espiritual” de un día normal de trabajo.

Hay un problema al intentar adaptar las prácticas espirituales contemplativas al trabajo: no parece que funcionen en la mayoría de las personas. No funcionan precisamente porque exigen que nos alejemos del mundo. Para que la espiritualidad del trabajo tenga eficacia, no puede estar basada en prácticas que nos distancien de la brega cotidiana. En su lugar, hemos de desarrollar prácticas que nos permitan transformar ese bregar en la sustancia del esfuerzo espiritual. Estas prácticas han de surgir de nuestro trabajo y ser compatibles con este, en vez de proceder de otro lugar, otro tiempo y otra situación vital.

En la tradición espiritual cristiana siempre han existido propuestas que han subrayado la espiritualidad de la vida diaria que incluye el trabajo, que afirman que se puede encontrar a Dios en la vida ordinaria de la gente, que ponen el trabajo diario de la gente en el centro de la vocación cristiana. Leamos lo que dice una persona casada: *Mi vida está llena de bullicio. Estoy casado y tengo tres hijos en edad escolar, dirijo mi propio negocio editorial, soy entrenador de béisbol para niños y colaboro en varias organizaciones vecinales, cívicas y políticas. Mi parroquia está constantemente animándome a asumir siquiera alguno de sus ministerios para laicos. Mi vida, más que de silencio, soledad y simplicidad, está llena de ruido, gente y complejidad. Así que la idea de alejarme del mundo —al menos temporalmente— es tentadora.*

Pero, ¿es alejarse del mundo la única, o, tal vez, la mejor manera de encontrar a Dios? Si lo es, entonces no hay nada que añadir. La espiritualidad es, pues, primordialmente, una actividad para una élite, es decir, para aquellos que pueden y quieren seguir las pautas tradicionalmente contemplativas.

Para la mayoría de los laicos —a no ser que estén dispuestos a abandonar a su familia, dejar su empleo y desprenderse de las actividades voluntarias— la espiritualidad quedará relegada a una porción muy pequeña de sus vidas. Podrán robar una hora aquí o allá. Podrán ir a un retiro de fin de semana una vez al año. Podrán incluso levantarse una hora más temprano para rezar o meditar o para visitar rápidamente una iglesia. Podrán emplear la hora de la comida en estudiar la Biblia, o contemplar a Dios unidos con la naturaleza. Pero en conclusión, durante el 90 o el 95% del tiempo que están despiertos continuarán rodeados por el ruido, la gente y la complejidad, y no hay mucho, espiritualmente hablando, que se pueda hacer para evitarlo.

Las prácticas contemplativas pueden ayudar a gestionar mejor la vida cotidiana. Pueden proporcionar más calma, más paz, consciencia más clara de las necesidades ajenas y de la presencia de Dios. Pero, a no ser que se aprenda a encontrar a Dios en medio del bullicio de la vida cotidiana, siempre se tendrá la inquietud de que se debería estar haciendo más por encontrar más tiempo para la vida espiritual.

Los místicos señalan que la esencia de la espiritualidad no consiste en apartarse del mundo, sino en adentrarse más a fondo en este. Dios nos encuentra donde quiera que estemos, es decir, en nuestro trabajo, en nuestros viajes al supermercado y en nuestra participación en las reuniones del conjunto residencial. Si es posible encontrar a Dios en el bullicio de la vida diaria antes que alejándonos de esta, esto supondría, casi por definición, prácticas espirituales diferentes de las que estamos acostumbrados.

A fin de que la espiritualidad del trabajo sea una realidad en nuestras vidas, hemos de desarrollar una manera de ponerla en práctica, una serie de conductas que podamos seguir en nuestros trabajos sin que la gente se dé cuenta de lo que estamos haciendo. Estas conductas nos ayudarán a descubrir el sentido de

nuestro trabajo, tratar con los demás, armonizar nuestras responsabilidades, discernir entre lo correcto y lo incorrecto, mantener y reformar las instituciones en las que trabajamos. Las podemos llamar *prácticas de la espiritualidad del trabajo*.

Existe la opinión predominante de que ciertos trabajos pueden ser significativos y satisfactorios, pero la mayoría no lo son. Aunque se sabe que algunas personas pueden amar su trabajo y sentir que ayudan a los demás, sin embargo, son pocas, contadísimas. La percepción es que para la mayor parte de la gente el trabajo es alienante, opresivo, agotador, cualquier cosa menos algo espiritual. Pero precisamente porque el trabajo es a menudo algo no espiritual por naturaleza, necesita de una espiritualidad auténtica más que de otra cosa.

¿Cómo podremos abrir nuestro corazón a lo trascendente, lo santo, lo divino, lo eterno que ya está presente en todos los sitios y en todas las cosas, y permitir que irrumpa en nuestras conciencias de una manera regular? Más aún, ¿cómo lograrlo, no lejos del bullicio de la vida sino en medio de nuestro trabajo diario, con todo el estrés, las fechas límites, la competición, la injusticia y todo lo demás? Y, finalmente, ¿cómo utilizar prácticas que fluyan por sí mismas de nuestro trabajo y del lugar donde trabajamos, en vez de intentar adaptar prácticas contemplativas tradicionales?

Dentro de esta perspectiva, el modo de vincular el trabajo en un sentido espiritual se puede revelar por la respuesta que demos a estas cinco preguntas:

1. ¿Qué es el trabajo? Se refiere al sentido, al significado que para la gente tiene el trabajo que hace, y el sentido contribuye a su vida espiritual y está influido por esta (por deber, para ganarse la vida, responder a una vocación —llamado por Dios—, ejercer una carrea. Otros encuentran sentido en hacerlo bien, concienzudamente y ofrecer a los demás bienes y servicios de calidad).
2. ¿Cómo tratamos a los demás en el trabajo?
3. ¿Cómo armonizamos el trabajo con los demás ámbitos de nuestra vida? (adictos al trabajo).

4. ¿Cómo decidimos lo que está bien y lo que está mal? (tomar decisiones, establecer procedimientos con sentido ético. Estemos en el nivel de poder en el que estemos, necesitamos una espiritualidad con la cual resolver los dilemas éticos).
5. ¿Cómo mantenemos, y a veces transformamos, el lugar de trabajo? (todo el que trabaja debería preocuparse de mantener lo que funciona en el lugar de trabajo y de cambiar lo que no funciona).

Pensemos en el lugar de trabajo como una fuente de encuentro con Dios. ¿Qué prácticas espirituales pueden funcionar realmente en el puesto de trabajo? Las prácticas de la espiritualidad del trabajo deben ser diferentes de la espiritualidad contemplativa. Lo que tendrían en común, por supuesto, sería el carácter práctico de ambas. Es decir, que se deben ejecutar de una manera regular para obtener los resultados deseados. Deberán ser juzgadas no solamente por lo que hacen sentir a quienes las practican, sino también por los cambios que originan en el lugar de trabajo.

En resumidas cuentas, prácticas que hemos de poder realizar en el lugar de nuestro trabajo; que hemos de poder practicar sin interrumpir nuestro trabajo; que hemos de poder practicar con regularidad y constancia; que han de estar vinculadas a algún acontecimiento, tarea o situación que ocurra en el trabajo (la invitación a realizarlas es espontánea, surge de la vida diaria); y que hemos de poder practicar sin que nadie del trabajo sepa que lo estamos haciendo (no al fariseísmo, debemos seguir el consejo de Jesús: "Cuando oréis, hacedlo detrás de la puerta cerrada").

Algunos ejemplos podrían ser los siguientes: hacer un trabajo de calidad; dar gracias y felicitar; promover el compañerismo; tratar a los demás como quiero que me traten; armonizar el trabajo con lo personal, lo familiar, lo eclesial y las responsabilidades sociales; promover la justicia social; aceptar la imperfección (evitando la sobrevaloración de la perfección, aceptando la imperfección de los demás, descubrir la espiritualidad de la imperfección); saber decir "no" o "basta" y mantenerlo con firmeza (rechazo a propuestas no éticas en el manejo de

los dineros públicos, no dejarse arrastrar por el trabajo en exceso que se torna en enfermedad, por la búsqueda desaforada del éxito).

Normalmente, en una universidad, la mayoría concibe la espiritualidad como algo relacionado exclusivamente con la vida interior (la formación del carácter “espiritual”, el desarrollo del alma), más que con la acción (trabajo) en el mundo. Se las ve separadamente, antagónicamente, como si el trabajo intelectual no tuviera nada que ver, o no pudiera ser fuente de vida espiritual. Una espiritualidad del trabajo, tal y como se ha intentado describir en los párrafos anteriores, plantea lo contrario: la integración de vida intelectual y vida espiritual. Esta tarea no es para todos los que conforman la comunidad académica universitaria, sino para aquellos que por opción de vida escojan ser testigos del Evangelio en el mundo de la educación superior.

Pinceladas de realidad

Ahora sí concentrémonos en la triada de conceptos que se sintetizan al final de la descripción de la octava característica del DHIS. Estos son: “un nuevo mundo y distinto es posible” el primero, “promoviendo la solidaridad” el segundo y “la esperanza” el tercero. Al resumir aún más tendríamos: utopía, solidaridad y esperanza. En torno a estas tres expresiones continuemos la reflexión. Comencemos partiendo de una breve mirada a la realidad de cada una de estas.

Utopía

Escuchando a los académicos de la Universidad en este decurso del siglo XXI, encuentro que cada uno tiene sus pequeñas y grandes utopías: el nuevo apartamento que va a comprar, la alegría y la incertidumbre del hijo próximo a nacer, un proyecto de estudios de maestría o doctorado en curso, el artículo o el libro a mitad de camino en su redacción, la investigación que avanza en medio de las dificultades... en fin... a pesar de lo convulsionado del mundo actual, de las incertidumbres del presente y el futuro, han comenzado tiempos en que se vuelven a revalorizar las utopías. La Universidad del inmediato futuro será de los constructores de utopías, de los buscadores de utopías.

Hay expresiones que caracterizan muy bien la etapa anterior: “la abdicación de las utopías”, “la utopía malherida”, “la utopía secuestrada”, “la inutilidad de las utopías”... parecían afirmar que nadie necesitaba de sueños ni de proyectos para vivir. Es como si el fracaso de muchas utopías hubiera traído como consecuencia la pérdida de confianza en estas como motor de la historia.

Ciertamente, asistimos al derrumbe de cierto tipo de utopías, aquellas que no tenían la energía y el impulso necesarios para transformar las realidades, pero hoy se escribe: *Percibimos que no estamos en tiempos de grandes discursos y propuestas sino en búsqueda de nuevas alternativas que respondan evangélicamente a los desafíos y escenarios actuales*. Vivimos el inicio de un tiempo nuevo, después de uno en que se proscribieron las utopías como dinamizadoras de lo humano, en que se les asignó carta de defunción; vuelven la utopías pero renovadas en su naturaleza profunda.

Solidaridad

Una pregunta provocadora podría ser la siguiente: ¿después de doscientos años de vida independiente, qué tan solidaria es la sociedad y el país que hemos logrado construir en Colombia mediante la educación? Podríamos situar la pregunta en la Universidad: ¿qué tan solidaria es la Universidad de La Salle? O de manera un poco más amplia: ¿qué tan solidario es el sistema universitario colombiano?

Miremos algunas de nuestras realidades. ¿Por qué ese egocentrismo en el trabajo de grupos y centros de investigación? Se hace una investigación en grupo y uno de los miembros se apropia de los resultados y presenta ponencias y artículos sin citar a los coinvestigadores. Se hace un proyecto de investigación entre varios y la mayoría termina desconociendo el aporte de uno de sus miembros. Para descalificar la competencia investigativa de un profesor, el jefe, motu proprio, retira el capítulo del profesor de la publicación definitiva del libro.

¿Por qué no somos capaces de trabajar en equipo? ¿Por qué los del grupo A no ayudan a los del grupo C? ¿Egoísmo ancestral que pasa de generación en generación? Ha sido una lucha difícil la integración de las nuevas facultades, la

interfacultariedad, la interdisciplinariedad, por no decir la transdisciplinariedad. Ejemplo paradigmático: los obstáculos para contar con una revista académica y científica única y fuerte por cada una de las facultades.

¿Por qué nos cuesta reconocer al otro, el de otra universidad? Ya viene rotulado si es egresado de tal o cual institución, si es estudiante en transferencia de aquella o esta universidad. Si es de aquella universidad automáticamente nuestro imaginario es positivo, si es de tal otra, negativo.

Las luchas de poder epistemológico, del saber, del conocimiento. Hay un “supuesto” entrar en diálogo, sin embargo, está la lucha implícita por imponerse. Ahora que vivimos la adolescencia de los doctorados en la Universidad, ¿por qué los doctores descalifican a los magísteres, estos a los especialistas y estos, a su vez, a los “simples” profesionales”? La Universidad se tornó en un territorio de tribus académicas que luchan unas con otras por imponer control y dominio.

Un ejemplo más. Al hablar de una tesis, alguien dijo: “Pareciera que el lema fuera, trabaje solo que nadie sepa y se copie, pues se pierde la originalidad”. Como que vamos en contravía de un mundo interconectado y global.

Esperanza

¿Qué tipo de mirada es la que implícitamente se esconde tras nuestros diagnósticos y visiones del futuro? Todo pareciera indicar que es un mirada pesimista, de zozobra, de malestar, desasosiego, abatimiento, angustia, desilusión, intranquilidad, preocupación, temor y miedo.

¿Hasta dónde son reales esas encuestas que nos pintan como uno de los países más felices del mundo? ¿Hasta dónde es cierto que llegó la década para América Latina y el Caribe en el devenir de la historia? (Moreno, 2011).

Preguntas que me han hecho algunos profesores universitarios: “¿Sabe, hermano, tengo miedo de que mi hijo nazca, qué mundo le espera?”. “¿No sé si soy de la generación que nunca tendré pensión para la vejez?”. “Mi gran

incertidumbre: ¿seré evaluado mal y por ello perderé la estabilidad que me proporciona un contrato de trabajo indefinido?”.

Dramas de la vida real, a los cuales solo he encontrado explicación leyendo las tragedias griegas de Sófocles, Esquilo y Eurípides. La vida es en sí misma dramática, lo cual nos enseña que la realidad es compleja y a veces contradictoria, surrealista y, por tanto, para sobrevivir hay que desarrollar tolerancia a la ambigüedad. Eso no quita la desesperanza que muchas veces producen las realidades de la vida.

Un mundo nuevo y distinto es posible

Dejamos de usar en nuestro vocabulario las palabras *utopía*, *utópicos*, incluso llegaron a perder la magia que tuvieron.³ No obstante, si estamos convencidos de que “otro mundo es posible” y si es que efectivamente queremos que ese “otro mundo” sea una realidad, lo primero y lo más indispensable que necesitamos es recuperar la conciencia utópica. Porque la utopía representa, por una parte, la *crítica de lo existente*, y, por otra, la *propuesta de lo que debería existir*.

Si no criticamos el mundo que tenemos, ni hacemos propuestas sobre el mundo que debería existir, es decir, si lo que rige nuestras vidas y nuestros proyectos no es la “razón utópica”, ese estado de espíritu, esa forma de pensar y de sentir, esto vendría a poner en evidencia que nos va bien como estamos, es decir, nos encontramos satisfechos con el presente “orden” que nos han impuesto y que hemos aceptado gustosos. Con la gente “satisfecha” no se puede esperar cambio alguno. Los “satisfechos” defenderán con uñas y dientes que otro mundo no es posible o, dicho de otra manera, los “satisfechos” defenderán siempre que el mejor mundo posible es el que estamos disfrutando ahora mismo.⁴

Pregunta: ¿qué tipo de profesor universitario soy? Un docente “satisfecho” o uno “insatisfecho” (inconforme). Pareciera que van ganando la partida los satis-

³ Véase de Victoria Camps y Alfonso Álvarez Bolado, *Esperanza cristiana y utopías* (2001).

⁴ Ideas tomadas del libro de José María Castillo, *Espiritualidad para insatisfechos* (2008).

fechos que han logrado imponer a los demás la utopía de “una sociedad que no produzca utopías”. Casi nadie piensa ya en utopías. Las universidades se volvieron estériles de utopías.

El siglo XX ha sido el siglo de la crisis del pensamiento utópico. ¿Por qué ha ocurrido esto? Porque ninguna de las tres grandes utopías mundiales del siglo XX que nos prometieron un mundo mejor lo logró, por el contrario, dejaron un legado de autodestrucción, violencia y muerte de muchos millones de víctimas inocentes. Ni el comunismo estalinista, ni el nazismo hitleriano, ni el capitalismo neoliberal de libre mercado lograron ser verdaderas utopías.

En la Colombia de los últimos cincuenta años del pasado siglo XX, también tuvieron su influjo las tres anteriores, pero a estas hay que agregar otras tres, muy nuestras, que se erigieron como el paradigma utópico de muchos conciudadanos: la del sueño americano (o venezolano o europeo), tras del cual muchos compatriotas emigraron en busca de la tierra prometida, el éxito y el dinero —tal vez son pocas las familias que no tuvieron su representante—; la del héroe guerrillero, de tantos que soñaron con la justicia y un país mejor, dieron su vida por una causa noble que se desvió —los resultados son de todos bien conocidos—; y el mito del todopoderoso mafioso, que impuso la cultura del narcotráfico como ideal de vida: pocos escaparon a sus tentáculos, ¿acaso hubo estamento social colombiano que no cayera en sus garras?

Tres utopías mundiales y tres nacionales. Seguramente hay más. Pero basten estas para la reflexión que traemos entre manos. Decíamos que no fueron propiamente utopías, en primer lugar, porque no permitieron la “crítica de lo existente”, toleraron toda clase de agresiones menos las del cuestionamiento de sus propios fundamentos y actuaciones; no permitieron una crítica radical de sus propios sistemas. En segundo lugar, porque frente a los fracasos y frustraciones que han acarreado, tampoco fueron capaces de ofrecer “la propuesta de lo que debería existir”. He ahí el porqué del fracaso de las utopías en el siglo pasado. Estas terminaron suscitando lo contrario: apatía y resignación.

Mas una sociedad sin utopías es una sociedad sin esperanza histórica, que se contenta con sobrevivir por instinto de conservación. Las utopías seguirán siendo

el motor de la historia. Si en la humanidad ha habido cambios y la gente ha alimentado esperanzas, eso se ha debido a que hubo personas o grupos humanos influyentes que no se conformaron con lo que tenían y, en consecuencia, quisieron que la sociedad y la vida de la gente fuera distinta y, en cualquier caso, mejor, más digna, más segura y más esperanzada. Crearon utopías. Las universidades auténticas son el lugar donde nacen y se hacen las utopías.

Entonces, ¿cómo recuperar la utopía? Se trata de ir en contravía de la mentalidad antiutópica. Retornar a las raíces de la utopía que son tres:

- *Primera raíz: la memoria* (orígenes). No nos referimos acá a la capacidad de retención sino a la memoria de la historia. Nuestra memoria de los orígenes nos anticipa confiadamente el sentido del fin; hay que volver siempre a nuestros orígenes: “El pie que avanza se apoya en el de atrás”.
- *Segunda raíz: el deseo* (visión). La persona es constitutivamente deseo, impulso, inquietud, hambre y sed. Es anhelo insasiable y búsqueda.
- *Tercera raíz: la promesa* (expectación). El futuro como promesa. Tierra de promisión. La utopía es posibilidad, tendencia y latencia. Promesa: un proceso hacia lo que todavía no es. Ya pero todavía no. Conquistable por el esfuerzo del hombre. La promesa se va cumpliendo sucesivamente a la vez que ampliándose. Cada cumplimiento la acerca y la aleja al mismo tiempo. La promesa tiene cumplimiento pero no consumación.⁵

Así, siguiendo tal senda, van surgiendo nuevas pequeñas utopías realizables a corto y mediano plazo.⁶ Las religiones son fuentes de utopías siempre y cuando no sean “satisfechas” y generadoras de “satisfechos”, sino de una espiritualidad para “insatisfechos”, haciendo suya la consigna de que un mundo nuevo y distinto es posible. La espiritualidad cristiana no se puede vivir sino desde una verdadera pasión por la utopía. De forma que la utopía tiene que ser el motor de toda persona que pretende tomar en serio la espiritualidad que brota del Evangelio.

⁵ Ideas tomadas del libro de Olegario González de Cardenal, *Raíz de la esperanza cristiana* (1996).

⁶ Véase el capítulo “La utopía y lo germinal” de Benjamín González en *Tiempo de crear* (2009).

Planteemos una pregunta más: ¿cuáles son las utopías de los actuales estudiantes universitarios? ¿Tienen utopías? Dejemos ahí la pregunta abierta para que cada uno la responda...

La utopía de la solidaridad

La primera utopía del siglo XXI es la de la solidaridad y la de la esperanza. La utopía de construir un mundo, ciertamente cada vez más unido y solidario, donde quepamos todos, donde nadie, por ninguna razón, sea excluido. Un mundo donde todos tengan esperanza y alegría de vivir.

Por *solidaridad* entendemos, siguiendo a Jon Sobrino, un modo de ser y de comprendernos como seres humanos, consistente en ser los unos para los otros para llegar a estar los unos con los otros, abiertos a dar y recibir unos a otros y unos de otros.

La solidaridad es, por tanto, una construcción moral edificada sobre tres dinámicos: primero, el sentimiento compasivo, que nos lleva a ser unos para los otros; segundo, la actitud de reconocimiento, que nos convoca a vivir unos con otros, dando y recibiendo unos de otros; y tercero, el valor de universalización, que nos impele a hacer unos por otros.⁷ Los tres mediados por los conflictos propios de toda andadura humana, con sus correspondientes crisis de crecimiento y madurez.

En palabras del hermano Álvaro Rodríguez, superior general de los lasallistas, solidaridad con todo sufrimiento humano, con toda pobreza, haciendo nuestra la compasión que Jesús siempre manifestó por los más débiles y pequeños. O en palabras de Óscar Useche, “una solidaridad ‘ecológica’ que nace de reconocerse en el mismo destino, compartiendo la misma aventura de la vida, con todo lo que constituye nuestro medio vital; incluso con aquellos que aún no han nacido, pero que habrán de venir y no tendrán otro medio que el que hereden de las generaciones precedentes” (2011, p. 46).⁸

⁷ Ideas tomadas de la presentación en la conferencia inédita de Antonio Elizalde: “Evolución y balance del concepto de desarrollo” (2008).

⁸ También sobre el mismo tema se puede consultar del Grupo Entorno, *Ecología, desarrollo y solidaridad* (2001).

Profundicemos un poco más en el concepto. ¿Cuál es el sentido que le damos hoy al término *solidaridad*? La solidaridad responde a tres realidades:

- *Primera*: la solidaridad responde a una realidad antropológica. La realización del ser humano solo es concebible dentro de una red de relaciones con los otros. Solo la configuración del nosotros permite la realización del yo. El individuo no puede autorrealizarse prescindiendo de los demás. Quien no es solidario es un solitario.

La solidaridad es la manera como diferentes grupos humanos se ayudan mutuamente, creciendo recíprocamente. Porque la solidaridad supone el reconocimiento de la identidad del otro. Supone y estimula la independencia y la alteridad de las comunidades que se vinculan. Solo se puede ser solidario con aquel a quien se reconoce como “otro”, libre e igual.

El dinamismo de la solidaridad comienza cuando el otro entra en nuestra vida; cuando lo reconocemos como prójimo; cuando lo miramos como parte de la propia existencia; cuando sus anhelos, alegrías y sufrimientos nos incumben, dejando que sus valores, éxitos y fracasos nos impacten. Debemos ponernos en sintonía con él para, en ayuda mutua, recorrer juntos el camino, compartir un proyecto de solidaridad.

- *Segunda*: la solidaridad es una necesidad social. El hecho de que tomemos conciencia de nuestra pertenencia a un todo social, crea y exige de cada uno relaciones de solidaridad de uno para con los demás. Nadie puede sentirse aislado de los demás, nadie puede pensar que no tiene nada que ver con los otros. Todos somos mutuodependientes y corresponsables del destino común. De esta conciencia surge un conjunto de deberes del individuo hacia el todo social del cual forma parte: la responsabilidad hacia el bien común, el compromiso en favor de la justicia social.
- *Tercera*: la solidaridad ha llegado a ser en nuestro tiempo una exigencia de la fe y una concreción histórica de la caridad (amor). No hay experiencia

religiosa auténtica sin un compromiso solidario frente a la realidad de un mundo marcado por la injusticia y la desigualdad.⁹

Para que estas bellas e ideales conceptualizaciones de la solidaridad pasen de utopías a realidades en nuestra Universidad, al menos podemos intentar concretizar nuestros esfuerzos en tres frentes complementarios:

- a. *El campo cultural valorativo.* Incorporar el valor de la solidaridad con sus implicaciones en la dinámica personal y social, como modo habitual de comportamiento, que sean la base para un mundo cada vez más humano.
- b. *El campo de la acción sociopolítica.* Es en este ámbito donde verdaderamente se juega el futuro de los pobres y excluidos. No son la pobreza y la desigualdad los temas que más preocupen a los grandes estamentos del poder económico y político. Pero va emergiendo una fuerte preocupación por estos problemas en muchos organismos internacionales y, sobre todo, en multitud de colectivos y asociaciones; desde estas plataformas habrá que trabajar para extender la sensibilidad solidaria por la población. Pasar de mecanismos de explotación a nuevos sistemas que favorezcan el desarrollo humano de todos y sean menos depredadores del medio ambiente.
- c. *El campo de lo microsocia y la acción solidaria personal.* Es decir, las células protagonistas de la vida social y del trabajo por el más cercano.¹⁰

Desde su fundación, nuestra Universidad se ha caracterizado por su talante solidario. Y ciertamente sus actuales unidades académicas adelantan proyectos de intervención social bien significativos. Sin embargo, podríamos preguntarnos, ¿en los anteriores tres frentes no podemos hacer todavía más?

⁹ Ideas tomadas del libro de Mario Peresson Tonelli, *Educar para la solidaridad planetaria* (1999).

¹⁰ Aquí seguimos el pensamiento de Óscar Andrés Rodríguez Madariaga (2004) en su Lección Inaugural en la Universidad del Istmo: *La globalización de la solidaridad*.

La utopía de la esperanza

De la esperanza se habla mucho. Se habla y se canta y no solo en la iglesias, sino también en los conciertos juveniles. Muchas veces *esperanza* es sinónimo de “coraje de existir”, “confianza” o “ánimo” en el futuro. No obstante, aunque parezca un poco extraño, no es muy común plantearse la pregunta ¿qué es la esperanza? Por eso, ante lo desacostumbrado de tal situación, debemos reflexionar un poco.¹¹

Una de las actitudes posmodernas más generalizadas ha sido la del “presentismo”. Sin pasado ni futuro. Sin raíces ni interés por construir nada para mañana. El futuro no existe. No como tiempo por venir, sino como preocupación en la que pensar. La esperanza es todo lo contrario, es actitud proactiva y creadora frente al porvenir, de ninguna manera estática o resignada. Pensar en el futuro, con el valor de la esperanza y el apoyo “científico” de la prospectiva, quiere decir que se cree en las posibilidades del futuro apoyados en el dinamismo de las tendencias: lo que hoy pensamos puede realizarse mañana, el futuro no se prevé sino que se construye.¹²

La esperanza no es una vana e ingenua utopía, ni evasión hacia el futuro ante las incomodidades del presente, sino auténtico valor humano y eficaz instrumento de posibilidades en el siempre abierto camino de la ciencia y de la búsqueda de la verdad (Vallejo, 1999).

La esperanza es una forma de vivir y actuar en la vida cotidiana, a la que siempre se le encuentra encanto y razón de ser, y como forma de afrontar el futuro y situarnos ante este, siempre de manera positiva y con optimismo: “Hoy mejor que ayer, mañana mejor que hoy”.

La esperanza es el fondo último de la vida, esta sostiene al ser humano en su apertura y lo dirige hacia una finalidad aún no alcanzada. La esperanza muestra

¹¹ Para profundizar en esta idea se puede leer de Hernán Cardona Ramírez, *La esperanza en la misión —unos rasgos bíblicos—* (2007); para profundizar desde la perspectiva teológica se puede leer de Jürgen Moltmann, *Teología de la esperanza* (2006).

¹² Al respecto, se puede consultar de Carlos Vallejo, *Humanismo y esperanza* (1999).

lo que la historia y la vida de todo ser humano tiene de promesa no cumplida. Todo lo que el ser humano siente, conoce, proyecta, padece, es acogido por la esperanza que sostiene el acto de la vida. Toda situación sin salida que experimenta el hombre y la mujer se puede relativizar a la luz de la esperanza, pues esta encuentra su lugar en las situaciones límite en las que la vida humana pueda encontrarse. La esperanza nos empuja a traspasar los límites, a trascender las propias crisis y así proyectar lo que soñamos.¹³

La esperanza necesita de coraje y de inteligencia para saber ir a contracorriente, no con obstinación y cabezonería, sino para no dejarse llevar del derrotismo, del abatimiento, de la inanición y el desconsuelo. La persona de esperanza tendrá que estar muy atenta para no dejarse encadenar por las amenazas del miedo, la crítica, el desprecio, la envidia, las presiones sociales... La esperanza requiere una continua disposición para buscar el bien. No cerrando los ojos a lo que se tiene alrededor, sino superando esas mismas barreras, en el convencimiento de que, más allá de cualquier oscuridad, hay luces que se pueden y se deben encender. En últimas, la esperanza es el puente sobre el cual podemos seguir caminando por encima de las sin salidas.¹⁴

Preguntémonos ahora, ¿qué es para el cristiano la esperanza?, significa poner nuestra confianza en Dios. Y ¿qué significa confiar en Dios? Albert Nolan (2010) lo explica de una manera muy pedagógica. Citando el salmo 146, nos dice que nosotros no podemos poner nuestra esperanza en los príncipes: “No confiéis en los príncipes [...] / en seres mortales que no pueden salvarse [...] / Dichoso aquel [...] / cuya esperanza es el Señor su Dios”.

Y lo comenta de la siguiente manera:

- *Primero*: nosotros no podemos confiar en las promesas de los príncipes, es decir, los poderosos de la política, de la industria e incluso de la Iglesia. Es útil tener buenos líderes, por supuesto. Pero, en última instancia, nosotros no podemos basar nuestra esperanza de futuro en ninguna clase de líderes

¹³ Tomado de Amparo Novoa Palacios, *Llamados/as a sentir, ver y pensar. Nuestra vocación a la verdad* (2007).

¹⁴ Para profundizar desde una perspectiva de la historia y de las bienaventuranzas, recomendamos leer de María Zambrano, *Persona y democracia. La historia sacrificial* (1988) y *Las bienaventuranzas* (2003).

humanos. No solo porque todos los seres humanos, incluidos nosotros, somos falibles, débiles y propensos a cometer errores, sino por una razón más importante: porque ninguno de nosotros, individualmente o en conjunto, tiene el poder o el conocimiento suficiente para salvar el mundo.

- *Segundo:* tampoco podemos depositar toda nuestra esperanza y confianza en ninguna clase de institución humana: partidos políticos, iglesias, gobiernos o distribuidores de energía eléctrica. Todos ellos pueden equivocarse y fallar.
- *Tercero:* no podemos basar nuestra esperanza de futuro en ninguna clase de ideología: ni la ideología del socialismo, ni la del libre mercado, ni siquiera la de la democracia. Son constructos mentales que así como aparecen en la historia, de la misma manera desaparecen.
- *Cuarto:* la tentación de no confiar más que en nosotros mismos. Parece que yo soy el único que sabe qué es lo mejor para el mundo. Lo único que hace falta es que los demás me escuchen. Y esta es una actitud errada.

Poner toda nuestra esperanza y confianza en Dios significa que, aun cuando hemos de valorar y apreciar la contribución de los poderosos, las instituciones, las ideologías y nosotros mismos, al fin y al cabo no hemos de tratarlos como si fueran el fundamento absoluto e inquebrantable de nuestras esperanzas de futuro. Solo Dios basta.¹⁵

Las nuevas generaciones de jóvenes que semestre tras semestre ingresan a nuestra Universidad, necesitan impregnarse del espíritu de esperanza. Sus maestros no deben desanimarse si encuentran en el día tras día a unos estudiantes preocupados más por el presente, por disfrutarlo y vivirlo sin más, que por una mirada hacia adelante proactiva y optimista. Su tarea fundamental es sembrar grandes sueños, retar a los jóvenes a pensar en grande y a anhelar proyectos que ojalá los desborden. Todo lo sembrado en la juventud tarde que temprano da su fruto. No hay que perder nunca la esperanza.

¹⁵ Ideas tomadas del libro de Albert Nolan, *Esperanza en una época de desesperanza* (2010).

Una ruta pedagógica

Vayamos terminando: ¿qué ocurriría si desde pequeños se nos educara en y para la utopía, la solidaridad y la esperanza? Muy seguramente hoy contaríamos con una propuesta pedagógica muy distinta a la cual estamos acostumbrados.

No olvidemos que la educación puede formar personas egoístas o solidarias, convertir a los alumnos en asesinos o en santos, enseñar a ver a los otros como rivales y enemigos, o como compañeros y hermanos. De ahí la nobleza de la educación, pues es o puede llegar a ser la tarea humanizadora por excelencia, el medio privilegiado para que cada persona se planteé y alcance una vida en plenitud.

Hoy la educación desborda los límites de la Universidad y se desarrolla en múltiples ámbitos. La educación persigue la implicación de todos los sectores sociales en la construcción de una nueva sociedad multicultural, tolerante e igualitaria. Está orientada hacia el compromiso y la acción transformadora, y posee un fuerte componente autocrítico hacia las propias posiciones, hábitos y valores.¹⁶

Entonces: ¿cómo hacer posible y viable un mundo solidario? ¿Qué pedagogía sistemática e integral se requeriría para formar jóvenes utópicos y plenos de esperanza? ¿Cuál sería la metodología más apropiada? ¿Qué pasos habría que ir dando? Finalicemos esta conferencia proponiendo un itinerario pedagógico que más que ser un recetario, es un conjunto de líneas de acción:

1. El contacto experiencial con la situación real del otro. No se puede ser solidario, utópico y tener esperanza, sin sentir y hacer sentir la realidad del sufrimiento humano, de las carencias del otro. La educación hacia la solidaridad, la utopía y la esperanza nace, pues, de un contacto vital, experiencial, con el mundo de los más pobres, aproximándose a su realidad; ahí comienza el camino.

¹⁶ Ideas tomadas de la presentación de la conferencia inédita de Antonio Elizalde: "Evolución y balance del concepto de desarrollo" (2008).

2. El componente analítico. Hay una diferencia fundamental entre una solidaridad “ingenua” y una solidaridad “crítica”, entre un “idealista” y un “utópico”, entre un “pesimista” y un “esperanzado”. Son indispensables el análisis social y la comprensión histórico-crítica de la realidad que busca entenderla, descubriendo sus causas históricas y las estructuras sociales que generan un mundo insolidario e injusto. Hay que “meterle” ciencia y saberes al asunto.
3. La dimensión experiencial operativa. Se hace camino al andar con la comunidad. Trabajo de terreno, de campo. Codo a codo. De los discursos a las acciones concretas. Pasar de prácticas alienantes e infantilizantes, a prácticas protagonistas del propio desarrollo.
4. El componente político y geopolítico. Nexo entre utopía-solidaridad-esperanza y política. Postura política de cuestionamiento y de transformación. Dimensión geopolítica: la esperanza-solidaridad planetaria exige hacer una opción por un reordenamiento del mundo en su conjunto, libre de desigualdades y exclusiones. Proactivo y organizativo.
5. Elemento de esperanza y de utopía. Reavivar la esperanza y la utopía. Lo que soñemos, eso será.¹⁷

Bibliografía

- Artunduaga, E. (1986). *Cómo escriben los mejores de Colombia*. Bogotá: Oveja Negra.
- Camps, V. y Bolado, A. (2001). *Esperanza cristiana y utopías*. Bilbao: Sal Terrae.
- Cardona, H. (2007). *La esperanza en la misión —Unos rasgos bíblicos—*. *Vinculum. Conferencia de Religiosos de Colombia*, 229, octubre-diciembre.
- Castillo, J. (2008). *Espiritualidad para insatisfechos*. Madrid: Trotta.
- Coronado, F. (2011). La Universidad de La Salle: espiritualmente significativa. *Revista de la Universidad de La Salle*, 54, 239-263.

¹⁷ Ideas inspiradas en el libro de Mario Peresson Tonelli, *Educar para la solidaridad planetaria* (1999).

- Elizalde, A. (2008) *Evolución y balance del concepto de desarrollo*. Presentación en el Seminario Alternatividad del Desarrollo Humano Integral y Sustentable, Universidad de La Salle, 9-13 de junio, Bogotá.
- González, B. (2009). *Tiempo de crear*. Santander: Sal Terrae.
- González, O. (1996). *Raíz de la esperanza*. Salamanca: Sígueme.
- Grupo Solidaridad (2001). *Ecología, desarrollo y solidaridad*. Madrid: CCS.
- Jiménez, G. (2007). ¡Escriba, carajoi, le decían! En D. Samper. *Antología de grandes reportajes colombianos*. Bogotá: Aguilar.
- Moltmann, J. (2006). *Teología de la esperanza*. Salamanca: Sígueme.
- Moreno, L. (2011). *La década de América Latina y el Caribe, una oportunidad real*. Washington: BID.
- Nolan, A. (2010). *Esperanza en una época de desesperanza*. Santander: Sal Terrae.
- Novoa, A. (2007) Llamados/as a sentir, ver y pensar. Nuestra vocación a la verdad. *Vinculum. Conferencia de Religiosos de Colombia*, 229, octubre-diciembre.
- Peresson, M. (1999). *Educación para la solidaridad planetaria*. Bogotá: Indo American Press Service.
- Pierce, G. (2006). *Espiritualidad del trabajo*. Bilbao: Mensajero.
- Rodríguez, O. (2004). La globalización de la solidaridad. Lección Inaugural del Año Académico 2004. Universidad del Istmo.
- Useche, O. (2011). Repensar el desarrollo, repensar nuestra relación con la naturaleza. *Revista de la Universidad de La Salle*, 54, enero-abril.
- Vallejo, C. (1999). *Humanismo y esperanza*. Madrid: BAC.
- Yourcenar, M. (2008). *Con los ojos abiertos. Marguerite Yourcenar conversaciones con Matthieu Galey*. Barcelona: Plataforma.
- Zambrano, M. (1988). *Persona y democracia. La historia sacrificial*. Barcelona: Anthropos.
- Zambrano, M. (2003). *Las bienaventuranzas*. Madrid: Siruela.